



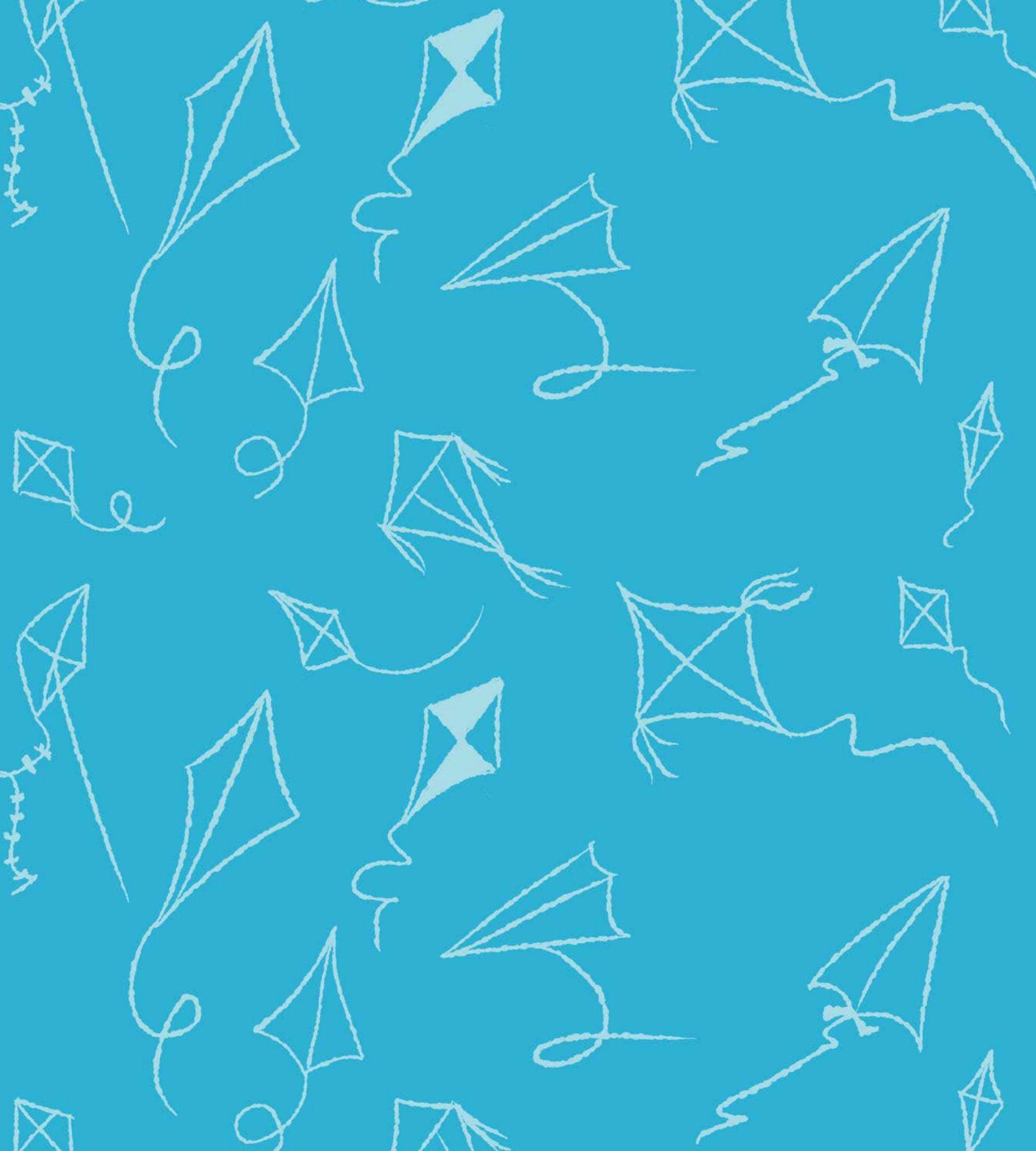
Una Cometa para Gigi

Zary Alleyne

•

Oscar Hidalgo C.







Una Cometa para Gigi

Zary Alleyne • Oscar Hidalgo C.



Créditos:

Escritora: Zary Alleyne

Ilustrador y Diseñador Gráfico: Oscar Hidalgo C.

Revisión ortotipográfica: Héctor Collado

Edición literaria y de estilo: Mónica Miguel Franco

Producto: "Protegidos los Derechos Humanos de las personas en situación de vulnerabilidad" Unidad de Acceso a la Justicia y Género del Órgano Judicial coordinada por Ariadne Maribel García Angulo Magistrada de la Corte Suprema de Justicia de la República de Panamá.

Primera edición, Panamá, 2024

Impreso en Panamá

PRINTSHOP Pan American Printing Company

Todos los derechos reservados para el Órgano Judicial, República de Panamá.

Mensaje de la presidenta de la Corte Suprema de Justicia a los niños y las niñas:

¡Bienvenidos al maravilloso mundo de los derechos! En este libro especial que tienen en sus manos descubrirán cómo los derechos nos protegen, nos guían y nos permiten vivir en un mundo justo y equitativo.

A través de historias fascinantes y personajes entrañables, aprenderán que todos, grandes y pequeños, tenemos derechos que merecen ser respetados.

Disfruten cada página de este cuento, que de una manera amena y sencilla, explora el acceso a la justicia y los derechos de los niños y las niñas.

¡Prepárense para aprender, imaginar y descubrir juntos cómo podemos convertir nuestro mundo en un lugar mejor! Un lugar donde los derechos de cada niño y niña se hagan realidad.

María Eugenia López Arias

Magistrada presidenta de la Corte Suprema de Justicia





Aunque el cielo se viste de
noche y las estrellas y la luna
llena lo engalanan, el día
empieza en casa de la familia
Lechuza. Es el hogar de Gigi y
sus padres, Gala y Rufo.



—Buenas noches, Gigi. ¡Ya salió la luna!

Mamá Lechuza trataba de despertarla. Lo intentó una y otra vez, pero no lo lograba. Luego la observó en silencio y se le ocurrió quitarle las medias y su cobija que la mantenían calentita. Por fin Gigi abrió los ojos.

—¿Por qué no podemos dormir en las noches? —protestó, estirándose—, el día es genial; no hay nada como sentir los rayos del sol, ver a las mariposas volar entre las flores y escuchar el canto de los pájaros. La noche es oscura y silenciosa. ¡No me gusta!

—¿Otra vez te quedaste despierta todo el día?—preguntó Papá Lechuza sentado en su sillón, desde donde observaba todo.

Gigi miró a través de la ventana. La luna llena inundó sus pupilas. A lo lejos, escuchó a su padre decirle:

—Gigi, somos le-chu-zas. Dormimos en el día y trabajamos en la noche. Hay animales que son diurnos y también los hay nocturnos, como nosotros.

—Papá, mamá, si mis amigos duermen de noche. ¿Con quién jugaría?

Papá Lechuza miró a Gigi con ternura antes de despedirse, le hizo con el pico un cariñito. Caminó hacia la entrada de la casa-nido, extendió sus alas, dobló sus patas sobre el tronco, acumuló aire en sus pulmones y se impulsó con fuerza hacia los cielos.

Por su parte, Mamá Lechuza permanecía atenta en la casa-nido por si alguien llegaba en busca de ayuda.

En un descuido de su mamá, Gigi se escurrió de nuevo hasta su cama.



Cuando Papá Lechuza regresó y la encontró dormida, le comentó a su esposa: —Ay, Gala, nos salió decidida nuestra lechucita.

—Sí, Rufo, los tiempos han cambiado. Aunque pensemos que mantenerla junto a nosotros es lo mejor, algún día alzará su propio vuelo y debe prepararse para hacerlo —contestó Mamá Lechuza—. Mientras tanto podemos guiarla y apoyarla. ¿Qué tal si la acompañamos mañana?

—¿Cómo? ¿Qué estemos
despiertos durante el día?

—Querido —suspiró
Mamá Lechuza entrecerrando
los ojos ante los rayos del sol
que ya se asomaban—, hay
veces que ser padres requiere
de graaandes sacrificios.

Pasaban las horas y el cansancio
amenazaba con vencerlos. Papá Lechuza se
levantó y se sentó varias veces. Hizo algunos
ejercicios y hasta se puso cinta adhesiva en
los párpados para mantenerlos abiertos. El
sueño se imponía. Miró hacia ambos lados
buscando a Mamá Lechuza y la ubicó
acurrucada.

—¿Te quedaste dormida?

—No, solo estoy descansando un
poco la vista —contestó Mamá Lechuza
en un tono muy bajo. Fue lo último que
se escuchó en la casa-nido antes de un
profundo silencio. Tras lo que le
parecieron apenas unos minutos se
despertó Mamá Lechuza.

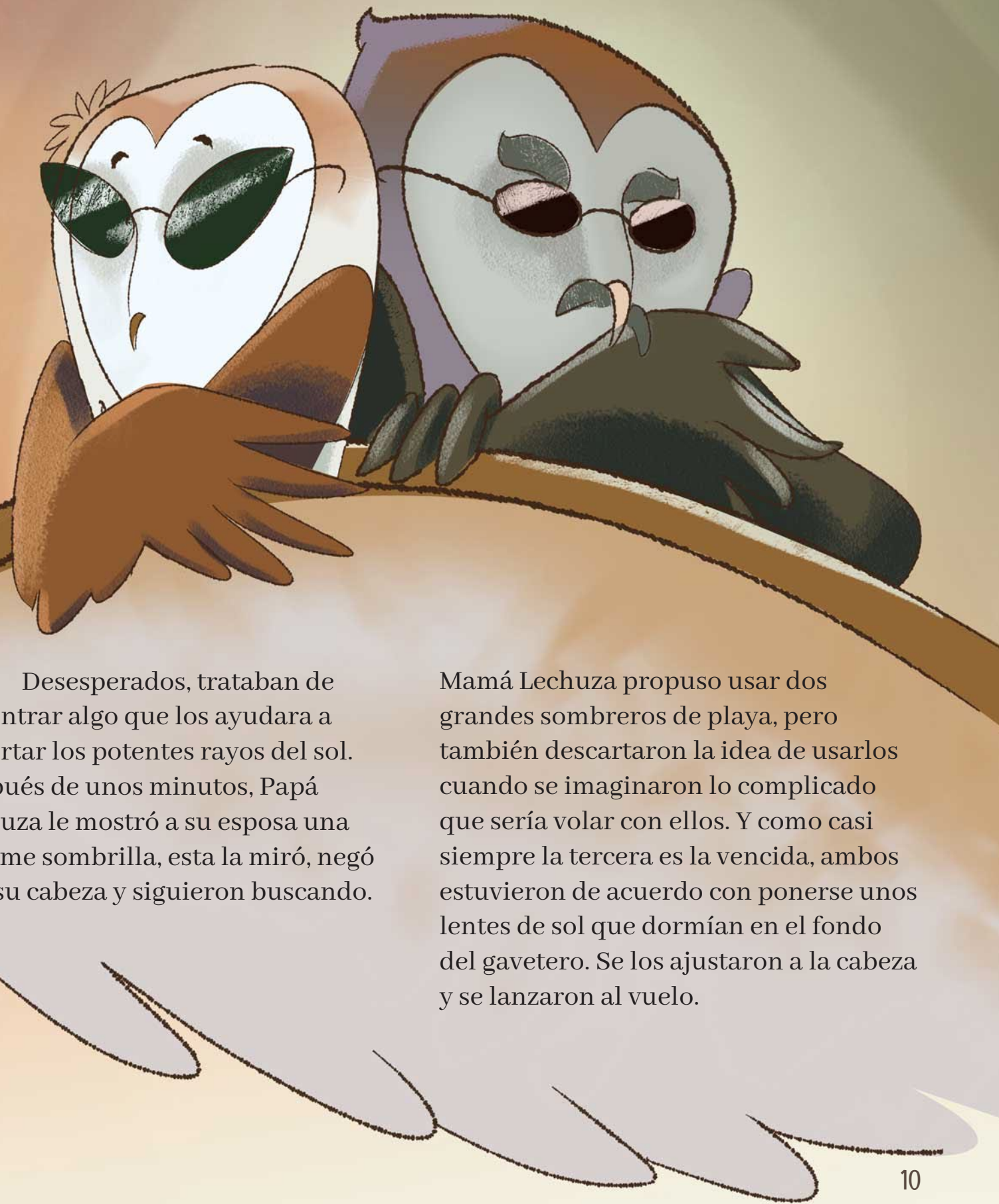
—¡Querido, querido, Gigi se ha ido! —ululó asustada—. No está aquí.

—Vamos a buscarla —dijo decidido el papá. Pero el sol los obligó a retroceder.



Desesperados, trataban de encontrar algo que los ayudara a soportar los potentes rayos del sol. Después de unos minutos, Papá Lechuza le mostró a su esposa una enorme sombrilla, esta la miró, negó con su cabeza y siguieron buscando.

Mamá Lechuza propuso usar dos grandes sombreros de playa, pero también descartaron la idea de usarlos cuando se imaginaron lo complicado que sería volar con ellos. Y como casi siempre la tercera es la vencida, ambos estuvieron de acuerdo con ponerse unos lentes de sol que dormían en el fondo del gavetero. Se los ajustaron a la cabeza y se lanzaron al vuelo.



Desde donde volaban divisaron un grupo de animales en un claro en el bosque. Se posaron en un gran árbol y aunque no distinguían aún a Gigi, observaron en silencio lo que ocurría.



Allí estaban sentados tres ardillas con abrigos tejidos, un meracho con un gatito en el cuello, un escarabajo con zapatillas blancas, un colibrí con plumas moradas, azules y naranjas y una mona con un gran lazo rojo y una carterita a juego. De pie, frente a ellos, estaba la señorita Elefante.

Como era costumbre en la clase, cada estudiante debía repetir un derecho de los niños y las niñas para tenerlos presentes, además de recordar un poder que los hacía únicos a cada uno de ellos. Y empezaron las ardillas, tras ponerse de acuerdo, una tomó la palabra:

—Tenemos derecho a la vida, porque sin la vida no estaríamos aquí. Nosotras somos muuuchas. —Y las tres rieron a carcajadas. —Volamos de árbol en árbol. Somos Caramelo, Miel y Chispas, ¡las ardillas voladoras!

—Es correcto, muy bien —asintió la señorita Elefante.

—A la igualdad. Todos somos iguales. Debemos ser respetados sin importar dónde nacemos —afirmó, muy serio, el meracho y muy orgulloso de su superpoder terminó—, ¡yo puedo correr sobre el agua!

La señorita Elefante asintió y agregó: —Los derechos son reconocidos para todos, Andy.



Le llegó el turno al escarabajo quien exclamó emocionado: —Soy Goliat, un escarabajo pelotero cornudo y puedo halar hasta 1000 veces mi propio peso. ¡También tenemos el derecho a expresarnos y ser escuchados!

—Y a que esa opinión sea tomada en cuenta —aclaró la señorita Elefante.

—Tenemos derecho a estudiar y a aprender —gorjeó Luz, el colibrí de colores intensos—. Soy el pájaro más pequeño del mundo, pero ¡puedo volar a 50 kilómetros por hora!

—Y también a jugar, a divertirnos y a correr y disfrutar de la naturaleza —agregó de inmediato la monita—. ¿Ven mi cola? ¡la puedo utilizar como si fuera una mano más! Ese es mi superpoder, ¡el superpoder de Bella!



—¿Quién falta? —preguntó la señorita Elefante mirando al grupo.

—Falta Gigi —respondió Goliat, el escarabajo con zapatillas blancas, mirando hacia el árbol en que se escondía Gigi.

—Bueno, mi superpoder es que ¡puedo girar mi cabeza hacia atrás sin mover mi cuerpo! A mí me gusta el derecho que tenemos a ser felices. Aquí, junto a ustedes yo soy feliz —respondió Gigi en un tono muy bajo.

—¡Vayan a jugar! —indicó entonces la señorita Elefante.



Papá Lechuza quiso ir hacia ella, pero Mamá Lechuza lo detuvo. Le conmovió la sonrisa y la expresión que iluminaban el rostro de su hija, quien mantenía extendida en lo alto una cometa amarilla y azul con una larga cola roja, mientras Andy, sobre el lomo de Bella, sujetaba y ajustaba la cuerda

para que alcanzara la altura y la estabilidad que deseaban. Cuando por fin la cometa llegó tan alto como querían, todos corrieron detrás de ella disfrutando su baile en el viento y riendo a carcajadas, pero la diversión fue interrumpida por Papá Lechuza con un agudo chillido que los asustó.

—Ven con nosotros, Gigi
—indicó con autoridad—. ¿Qué hacías escondida?

Gigi se desbordó en lágrimas antes de contarle a sus padres lo que sucedía. No había empezado su relato cuando un graznido áspero y agudo anunció la llegada del señor Águila quien, desafiante, se acercó a la familia Lechuza.



—Hace días quería conversar con ustedes —anunció dirigiéndose a los padres de Gigi—. Como comprenderán, por cuestiones de horario no coincidíamos, pero es muy grato encontrarlos en este momento, aunque no lo sea tanto lo que les tengo que decir. Señor y señora Lechuza, saben muy bien que la luz del día no se hizo para ustedes, vean nada más lo ridículos que se ven con esos lentes de sol. No quiero volver a ver por estos lares a la lechucita. Manténganla en las sombras, adonde pertenece. Ya le he llamado la atención varias veces, pero es testaruda.



—¿Quién crees que eres para decidir por nosotros? A nuestra hija le hace bien estar con sus amigos y nosotros la apoyamos —exclamó Papá Lechuza con fuerza.

—Además, ¿en qué lo afecta eso a usted? —agregó Mamá Lechuza abrazando a Gigi.

—Me molesta verlos —contestó el águila.

—Pues tápese los ojos, el bosque nos pertenece a todos —sentenció Mamá Lechuza.

—¡Sí! ¡Así es! —Se escuchaba gritar a los amigos de Gigi.



Y antes de que se caldearan más los ánimos, intervino la señorita Elefante.

—Me perdonan, pero Gigi es una niña y tiene derechos que todos debemos respetar. Creo que debemos presentarnos ante nuestra Leona quien, como autoridad, debe decidir lo que es mejor para Gigi.



A los pocos minutos se abrió el acto de audiencia.

Gigi estaba sentada junto a sus padres y su Defensor, y el águila en el otro extremo. La Leona frente a los presentes y entre el público, la señorita Elefante, Andy, Caramelo, Miel y Chispas, Goliat, Luz y Bella, cada uno acompañado de sus padres.

El primero en hablar fue el Águila.

—Su señoría, esto está más claro que el agua. Por el solo hecho de ser una lechuza, Gigi no tiene derecho a ir a una escuela donde solo estudian animales diurnos. Sus padres le pueden enseñar en casa si es que tanto le gusta estudiar. Punto final.



—Pues yo, como Defensor de la pequeña Gigi tengo que decir que sus padres y su maestra refieren que disfruta de sus clases, que juega con sus amigos, con sus compañeros. Esta mañana el águila se ha comportado de manera inaceptable. Nadie está por encima de los derechos, Gigi cuenta con el apoyo de sus padres, de su maestra y sus compañeros. Mire, están en la sala acompañándola, exigiendo el reconocimiento de sus derechos como niña ¡y yo también lo exijo.





—¿Algo más que añadir?
—preguntó la Leona y añadió—,
¿deseas que te escuchemos, Gigi?

—Sí, por favor. Yo amo a mis
padres y respeto a los mayores, pero la
señorita Elefante nos ha enseñado
sobre los derechos que tenemos. Mis
noches eran tristes hasta que descubrí
lo maravilloso que es el día, ir a la
escuela y aprender. Me gusta estudiar,
saltar y jugar. Soy solo una niña.

—Tras escuchar las partes
debo hacer algunas consideraciones
—dijo la Leona—. Más allá de los
pequeños ajustes que tendrán que
hacer en casa con el tema de los
horarios, resulta claro, señor Águila,
que hay derechos fundamentales
que respetar y que son necesarios
para el desarrollo de los niños. Por
ello, ordeno que a Gigi se le permita
asistir al colegio y disfrutar de todos
los derechos que reconoce la
Convención sobre los Derechos del
Niño.



Aquella noche Gigi dio las buenas noches a sus padres con un beso y un abrazo y se durmió profundamente. Entre sus sueños vio volar decenas de cometas coloridas sobre un perfecto cielo azul.

